

Enunciaciones rebeldes del ser histórico social / Gregorio Kazi
Coordinación psicoanalítica y función de corte / Mario Malaurie
Clínica esquizoanalítica y rostridad / Alfonso Lans
Política, subjetividad y colectivos autónomos / Annabel Lee Teles
Pensar la hermandad desde la hermandad misma / Juana Droeven
Intervención grupal en el tratamiento de la psicosis / N. Cavarischia - A. Díaz

Campo Grupal

Año 7 • Nº 59 • Agosto de 2004 • \$ 4.-



**“Ni método, ni reglas, ni recetas,
tan sólo una larga preparación.”**

Gilles Deleuze

Te acordás, hermano, figuras de lo fraterno

Juana Droeven (*)

¿Qué tiene de malo honrar a los hermanos?

Antígona

¿Quién reconoce al hermano como hermano? ¿Quién, cuándo y de qué modo puede llamar hermano a otro?

No existe un “tipo de hermano” como esencia de la personalidad, en una misma historia de vida podemos ver como se combinan una variedad de figuras a lo largo del tiempo, o incluso simultáneamente.

El texto está organizado agrupando una gran variedad de figuras de la hermandad. Estas permiten generar distinciones respecto de los modos relacionales pero no son concebidas de modo normativo (ni como ideal ni como patología). Algunas de las figuras han surgido como fruto de la elaboración de la experiencia de primeras entrevistas terapéuticas. Otras han aflorado en el diálogo con otros terapeutas y finalmente un conjunto de figuras y “figuritas” que nacieron a partir de las historias de vida.

En las historias de vida surgen diferentes formas de “desfraternización”, es decir, intentos de limitar, impedir o dificultar el desarrollo y la expresión del lazo fraterno-fraterno, es decir, de que los hijos-hermanos no puedan percibirse como hermanados a sus hermanos, sino sólo en tanto hijos. No se trata aquí de la diferencia que los hermanos pueden hacer entre sí por sus propias subjetividades, sino que el poder del eje vertical se arroga el derecho de instituir la configuración de manera autoritaria. Estas figuras implican formas de proscripción que no necesariamente resultan exitosas, es decir, que no siempre logran impedir el establecimiento del vínculo fraterno-fraterno, pero lo obstaculizan y dificultan en grados diversos. Muy raramente la proscripción toma la forma de un discurso explícito; es el resultado de actitudes y estilos vinculares que generan dificultades de circulación, vallas poderosas que encauzan o sostienen vínculos desde un tipo de relación legislada donde no hay apertura a juegos diferentes.

Un entrevistado contó: “Si mi vieja hubiera sido menos densa con los rollos personales que tenía con la mujer de mi padre, que era la mamá del menor de mis hermanos, mi relación con él hubiera sido otra. Ella tendría que haber tenido más altura para preservar mi relación con mis hermanos. Hubo un condicionamiento que no me dio libertad. Mi mamá y la mujer de mi padre siempre hablaban mal una de la otra. Mala onda siempre. Y yo de chico nunca podía ver a mi hermano”. Como ésta, muchas historias muestran actitudes parentales desfraternizadoras, que a través de enfrentamientos, faltas de cuidado, prohibiciones explícitas e implícitas (“mala onda”), obstaculizan el vínculo.

También a partir del borramiento del otro y la indiferenciación se erosiona el vínculo fraterno-fraterno. Estas madres no permiten que los hermanos se reconozcan como tales porque siempre quedan inmersos en y tironeados por las rencillas parentales.

Y, cuando las relaciones filial-fraternas no se sostienen, la posibilidad de elección de lo fraterno-fraterno va a depender de cómo cada una de las configuraciones nuevas propicie la fraternización o la desfraternización. La elección, en lo vincular, se refiere al afecto, a lazos que no están reglados, que van más allá de lo "legal", de las decisiones racionales conscientes. La elección enlaza en un vínculo como oportunidad y no como mandato o "necesidad".

En otras la significación primera es la de hermano y la derivada amigo. Finalmente hay otras historias en que el hermano "no significa nada", es decir, no aparece como eje posible para una clasificación de los vínculos. Esta insignificancia implica desidentificación, desafectivización y desidealización. El hermano insignificante indica la ruina de la significación sobre la fraternidad instituida. Así por ejemplo: "Mi hermano prácticamente nunca existió. Estuvo un año con nosotros. Siempre estuvo mal, entonces se fue"; "Mi hermano no significa nada. No se me ocurrió pensar en eso. No tengo una definición de eso". En muchas entrevistas aparece cierta desolación, sobre todo en los que no pudieron construir nada de la historia singular con sus hermanos, nada fraterno-fraterno.

Muchas figuras donde se entrelazan las historias personales y sociales de forma muy intensa y nos permite pensar lo individual y lo colectivo, lo fraterno-fraterno y el poder, entre los vínculos electivos y los sustituidos es muy interesante la lectura del hermano boleta porque es testigo de tantas historias familiares que sufrieron los efectos del terrorismo de Estado. Es un ejemplo de muchas otras familias que se vieron invadidas en sus ámbitos domésticos por la destrucción de sus vínculos interpersonales y afectivos.

Hay un desacople entre las configuraciones contemporáneas de los vínculos familiares y el discurso de las instituciones que ha dejado un vacío que lleva a la invisibilidad de lo fraterno y en general de lo diverso. Lo podemos ver en el libro en el caso de la figura de la hermana excluida en el sistema institucional como las figuras de la fraternidad, del aguante y de la banda, y los hermanos de las figuras ilegibles.

En instituciones de amparo de la infancia las historias de vida de los chicos de la calle exige una característica significativa: son relatos en los que la historia fraterna no aparece o si lo hace, es de forma absolutamente marginal. El hecho no deja de sorprender ya que se trata de chicos que provienen de familias con muchos hijos y supuestamente de esa cantidad de hijos derivaría un conjunto de hermanos.

La suposición institucional básica consiste en tomar a los chicos de la calle como huérfanos, y la orfandad se presenta como carencia absoluta de vínculos. Entre huérfanos, no podría haber vínculo fraterno. El chico que procede del discurso

institucional es huérfano y esa orfandad, real o de hecho, requiere un relato típico carente de singularidad impuesta por la operatoria institucional. En muchas historias de vida donde, habiendo familia, no hay hermanos, se trata de relatos sin recuerdos, sin construcción; descripciones que no son ni frías ni calientes, ni buenas ni malas.

La hermandad no sólo se organiza en prácticas familiares, sino también en discursos y prácticas sociales: entonces, las historias de los hermanos estarán constitutivamente afectadas por los procesos históricos. Las diversas generaciones de hermanos transcurren afectadas por climas, acontecimientos y estilos de época, sin los cuales sería incomprendible el devenir específico de los vínculos fraternos. En este momento en que las estructuras suficientemente eternas de la modernidad se están desmoronando, conviene abordar y construir la complejidad de las relaciones fraternas en el marco de las diversidades familiares. La insignificancia respecto de la fraternidad es un acontecimiento de la contemporaneidad; muestra la erosión del discurso hegemónico de la hermandad. Rompe con aquello que provee la experiencia de ser depositario de una relación (por eso la hermandad es la antesala de la amistad).

(*) Psicóloga, Presidenta de la Fundación para la Investigación Clínica Familiar.